

la palabra para pasar de la sombra á la luz, sólo que la palabra, al cubrir este objeto, lo convirtió á su vez en cosa. Así la inteligencia, aun en los casos en que no opera sobre la materia bruta, sigue los hábitos contraídos, operando con ésta; aplica formas que son las de la materia inorganizada. Y es que está hecha para esta clase de trabajo, único que la satisface por completo; es lo que expresa cuando dice que solamente así llega á la *distinción* y á la *claridad*.

Por tanto, para pensarse á sí mismo con claridad y con distinción, deberá percibirse bajo forma de discontinuidad; con efecto, los *conceptos* son exteriores unos á otros, como los objetos en el espacio, y tienen la misma estabilidad que los objetos sobre cuyo modelo han sido creados. Constituyen, reunidos, un mundo "inteligible", semejante por sus caracteres esenciales al mundo de los sólidos; pero cuyos elementos son más ligeros, más diáfanos y más manejables para la inteligencia que la imagen pura y simple de las cosas concretas; y es que no son la percepción misma de las cosas, sino la representación del acto en virtud del cual la inteligencia se fija en ellas; no son ya imágenes, sino símbolos. Nuestra lógica es el conjunto de reglas á seguir en la manipulación de los símbolos, y como estos símbolos dimanen de la consideración de los sólidos, y las reglas de la composición de estos símbolos no hacen casi más que traducir las relaciones más gene-

rales entre sólidos, nuestra lógica resulta soberana en la ciencia que tiene por objeto la solidez de los cuerpos, es decir, la geometría.

Lógica y geometría se engendran recíprocamente, como veremos luego; la lógica natural ha salido de la extensión de determinada geometría natural, sugerida por las propiedades generales é inmediatamente percibidas de los sólidos. A su vez, de la lógica natural ha salido la geometría científica, que extiende indefinidamente el conocimiento de las propiedades *exteriores* de los sólidos (1). Geometría y lógica son rigurosamente aplicables á la materia, en la cual están como en su casa y pueden caminar solas. Pero fuera de este dominio, el razonamiento puro necesita ser vigilado por el buen sentido, que es cosa muy distinta.

Así, todas las fuerzas elementales de la inteligencia tienden á transformar la materia en instrumento de acción, es decir, en *órgano* en el sentido etimológico de la palabra. No bastándole á la vida crear organismos, quisiera darles como apéndice á toda la materia inorgánica convertida en un inmenso órgano por virtud de la industria del ser viviente; y ésta es la tarea que primitivamente señala á la inteligencia; por ello ésta se conduce invariablemente como fascinada por la contemplación

(1) Volveremos á tocar estos puntos en el capítulo siguiente.

de la materia inerte. Es la vida mirando hacia fuera: exteriorizándose con respecto á sí misma, adoptando en principio (para dirigirlos de hecho) los pasos y maneras de la naturaleza inorganizada. De ahí su asombro cuando se vuelve hacia lo vivo y se encuentra con la organización. En tal caso, y prescindiendo de lo que hace en otras cosas, resuelve el organismo en inorganizado, porque sin trastocar su dirección natural y retorcerse sobre sí misma, no podría pensar la continuidad verdadera, la movilidad real, la compenetración recíproca, y, para decirlo todo, esta evolución creadora: la vida.

Trátase, por ejemplo, de la continuidad. El aspecto de la vida más accesible á nuestra inteligencia y también á los sentidos *prolongados* por nuestra inteligencia es aquel que da margen á nuestra acción. Para que podamos modificar un objeto es necesario que lo percibamos como divisible y discontinuo. Desde el punto de vista de la ciencia positiva se realizó un progreso incomparable el día en que á los tejidos organizados se les resolvió en células; á su vez el estudio de la célula reveló en ella un organismo cuya complejidad aumenta al ahondarse en él. Cuanto más la ciencia avanza, más ve crecer el número de elementos heterogéneos que, exteriores unos á otros, se juxtaponen para formar un ser vivo. ¿Es que aprieta á la vida más de cerca, ó, al contrario, lo que hay de más vivo en el ser viviente parece

que retrocede á medida que se lleva más lejos el detalle de las partes yuxtapuestas? Ya se manifiesta entre los hombres de ciencia cierta tendencia á considerar la substancia del organismo como continua y la célula como entidad artificial (1); pero suponiendo que este punto de vista prevalezca, no podrá llegar, ahondando en sí mismo, más que á otro modo de análisis del ser vivo, y, por tanto, á una nueva discontinuidad, aunque quizá menos distante de la continuidad real de la vida. Lo cierto es que esta continuidad no podría ser pensada por una inteligencia abandonada á su movimiento natural, porque implica á la vez la multiplicidad de los elementos y la penetración recíproca de todos ellos, dos propiedades que no pueden conciliarse en el terreno en que se ejercita nuestra industria, y, por consiguiente, nuestra inteligencia.

Separamos en el espacio, como fijamos en el tiempo. La inteligencia no está hecha para pensar la evolución, en el sentido propio de la palabra, es decir, la continuidad de un cambio que sería movilidad pura. No insistiremos en este punto, que profundizaremos en un capítulo especial. Diremos sólo que la inteligencia se representa el *devenir* como una serie de estados, cada uno de los cuales es homogéneo con-

(1) Volveremos á esto en el capítulo III «Significado de la evolución.»

sigo mismo, y, por consiguiente, no cambia. En cuanto nuestra atención es atraída por el cambio interno de uno de estos estados, nos apresuramos á descomponerlo en otra serie de estados que, reunidos, constituirán su modificación interior. Estos nuevos estados serán (cada uno de ellos) invariables, ó bien al llegar á este punto resolveremos el cambio interno en una nueva serie de estados invariables y así indefinidamente. En todo esto, pensar sigue consistiendo en reconstituir, y naturalmente reconstituir con elementos dados, y, por tanto, estables. En vano podremos, mediante el progreso indefinido de nuestra adición, imitar la movilidad del *devenir*: éste se nos escapará de entre las manos cuando mejor asido creamos tenerle.

Precisamente porque la inteligencia trata siempre de reconstituir—y con lo que esté dado—deja escapar lo *nuevo* que hay en cada momento de una historia, no admite lo imprevisto y rechaza todo lo que importe creación. Lo que satisface á nuestra inteligencia es que antecedentes determinados produzcan una determinada consecuencia, calculable en función de aquéllos; comprendemos también que un fin determinado provoque medios determinados de alcanzarlo. En los dos casos tenemos algo conocido, que se compone con conocido, y en resumen lo antiguo, que se repite: es donde nuestra inteligencia se encuentra á gusto. Cualquiera que sea el objeto abstraerá, se-

parará, eliminará hasta sustituir, si es preciso, el objeto por un equivalente aproximativo de los de su gusto. Pero que cada instante sea una aportación, que brote lo nuevo sin cesar, que nazca una forma de la cual, una vez producida, podrá decirse que es un efecto determinado por sus causas, pero de la que era imposible suponer previsto lo que sería (atendiendo á que las causas únicas en su género aquí forman parte del efecto, han tomado cuerpo á la vez que él y son determinadas por él, lo mismo que le determinan), esto quizá podremos sentirlo en nosotros mismos y adivinarlo fuera de nosotros por simpatía; pero no podremos expresarlo en términos de puro entendimiento, ni en el sentido estricto de la palabra, pensarlo. Lo cual no debe asombrar, si nos atenemos al destino de nuestro entendimiento. La causalidad que éste busca y halla en todas partes es la expresión del mecanismo de nuestra industria, en la cual indefinidamente recomponemos el mismo todo con los mismos elementos y repetimos los mismos movimientos para obtener el mismo resultado. Para nuestro entendimiento la finalidad por excelencia es la de nuestra industria, en la que se trabaja con arreglo á un modelo dado de antemano, es decir, antiguo ó compuesto de elementos conocidos. En cuanto á la invención propiamente dicha, que, sin embargo, es el punto de partida de la misma industria, nuestra inteligencia no alcanza á sorprenderla en su bro-

tar impetuoso, es decir, en lo que tiene de indivisible ni en su genialidad, es decir, en lo que tiene de creadora. Para ella, explicar no es más que resolver lo imprevisto y lo nuevo en elementos conocidos ó antiguos, arreglados bajo un orden diferente. La inteligencia no admite la novedad completa, como no admite el *devenir* radical, con lo cual se le escapa un elemento esencial de la vida, revelando así no estar hecha para pensar tal objeto.

Todos nuestros análisis nos llevan á esta conclusión. Quizá ni necesario era entrar en tan largos detalles sobre el mecanismo del trabajo intelectual; hubiese bastado tomar en cuenta sus resultados, con lo cual hubiéramos visto que la inteligencia, tan hábil al manipular lo inerte, muestra su torpeza desde que toca á lo vivo; trátese de la vida del cuerpo ó de la del espíritu, procede con el rigor, la ticsura y la brutalidad de un instrumento que no está hecho para tal uso. La historia de la higiene y de la pedagogía sería muy instructiva al respecto; cuando se piensa en el interés capital, constante y urgente que tenemos en conservar el cuerpo y elevar el alma, y en las facilidades que todos tenemos para efectuar en estos experimentos sobre nosotros mismos y sobre los demás, y en los daños palpables por los cuales se manifiesta y se paga lo defectuoso de un sistema ó de un procedimiento médico ó pedagógico, se queda uno asombrado de la grosería, y, sobre todo, de la persisten-

cia de los errores, cuyo origen fácilmente se encuentra en nuestra obstinación en tratar lo vivo como lo inerte y en pensar cualquier realidad, por flúida que sea, bajo la forma de sólido definitivamente trazado. Tan sólo nos sentimos cómodos en lo discontinuo, en lo inmóvil, en lo muerto. *Caracteriza á la inteligencia una natural falta de comprensión de la vida.*

Naturaleza del instinto. Por el contrario, el instinto está moldeado por la misma forma de la vida. Mientras la inteligencia trata á las cosas mecánicamente, el instinto procede orgánicamente, digámoslo así: si la conciencia que en éste duerme despertara si se interiorizara en conocimiento en vez de exteriorizarse en acción; si supiésemos interrogarla y pudiera respondernos, nos descubriría los más íntimos secretos de la vida. Porque hemos de fijarnos en que el instinto no hace más que continuar aquella especie de trabajo mediante el cual la vida organiza la materia hasta el punto de que es difícil decir—y se ha demostrado muchas veces—dónde acaba la organización y dónde comienza el instinto. Cuando el pollito rompe el cascarón de un picotazo, obra por instinto, y sin embargo, no hace otra cosa que seguir el movimiento que le ha conducido

al través de la vida embrionaria; inversamente, en el curso de la vida embrionaria (sobre todo cuando el embrión vive libre en forma de larva), muchas cosas suceden que hay que relacionar con el instinto. Los más esenciales de los instintos primarios son procesos vitales; la conciencia virtual que les acompaña no se actualiza las más de las veces más que en la fase inicial del acto, dejando que el resto del proceso se realice solo; bastaría que se abriera más ampliamente y luego ahondara completamente en sí misma, para que coincidiera en un todo con la fuerza generadora de la vida.

¿Cómo no pensar que son otros tantos instintos el trabajo de miles de células juntas para un mismo fin y aquel repartirse la tarea y vivir cada una para sí á la vez que para las demás y luego nutrirse, reproducirse y responder á las amenazas del peligro con reacciones defensivas adecuadas? Sin embargo, son funciones naturales de la célula y elementos constitutivos de su vitalidad. Recíprocamente, cuando se ve á las abejas de una colmena formar un sistema tan estrechamente organizado que ninguno de sus individuos puede vivir aislado más allá de un cierto tiempo, aun dándole alimento y habitación, ¿cómo no reconocer que la colmena es en realidad, y no metafóricamente, un organismo único del cual cada abeja es una célula unida á las demás por invisibles lazos? El instinto que anima á la abeja se confunde con la fuerza de que la célula está animada ó no hace

más que prolongarla; en casos extremos, como este último, coincide con el trabajo de organización.

Es cierto que hay muchos grados de perfección en el mismo instinto; entre el abejorro y la abeja hay gran distancia, y cabe considerar entre los dos multitud de intermediarios que responden á otras tantas complicaciones de la vida social. Pero no menor diversidad se halla en el funcionamiento de elementos histológicos pertenecientes á distintos tejidos más ó menos emparentados. En los dos casos hay múltiples variaciones ejecutadas sobre el mismo tema; la constancia de éste se manifiesta por virtud de las variaciones que no hacen más que adoptarlo á la diversidad de circunstancias.

Así, en uno y otro caso, trátase de los instintos del animal ó de las propiedades vitales de la célula, se manifiesta la misma ciencia é idéntica ignorancia. Pasan las cosas como si conociese la célula lo que le interesa de las demás células y el animal lo que podrá utilizar de los demás animales, mientras que todo el resto queda en la sombra. Parece que la vida, en cuanto se contrajo en una especie determinada, perdió contacto con el resto de sí misma, salvo en uno ó en dos puntos que interesaban á la nueva especie. ¿Cómo no ver que en esto la vida procede como la conciencia en general, como la memoria? Arrastramos con nosotros, sin darnos cuenta, la totalidad de nuestro pasado; pero nuestra memoria no vierte en el

presente más que los dos ó tres recuerdos que han de completar por algún lado nuestra vida actual. El conocimiento instintivo que una especie tiene de otra en determinado punto particular, tiene consiguientemente su raíz en la unidad de la vida, que es, según la expresión de un filósofo antiguo, un "todo simpático á sí mismo.". Es imposible contemplar ciertos instintos especiales del animal ó de la planta, nacidos con toda evidencia en circunstancias extraordinarias, sin compararlos con ciertos recuerdos aparentemente olvidados que de pronto brotan en nosotros bajo la presión de una urgente necesidad.

Indudablemente, muchos instintos secundarios y muchas modalidades del instinto primario admiten una explicación científica; pero es dudoso que la ciencia, con sus actuales procedimientos, llegue nunca á explicar por completo lo que es el instinto. Y esto se debe á que instinto é inteligencia son dos desarrollos divergentes de un mismo principio, que en un caso permanece interior á sí mismo, mientras que en el otro se exterioriza y absorbe en la utilización de la materia bruta; esta divergencia continua demuestra incompatibilidad radical y la imposibilidad, para la inteligencia, de reabsorberse al instinto. Lo esencial en el instinto no puede expresarse en términos intelectuales, ni por tanto, analizarse.

Un ciego de nacimiento que hubiese vivido entre otros ciegos de nacimiento, no admitiría

la posibilidad de percibir un objeto distante sin haber pasado por la percepción (táctil) de todos los objetos intermedios. Sin embargo, la visión realiza este milagro. Se podría también dar la razón al ciego, diciendo que como la visión tiene su origen en la sacudida que á la retina imprimen las vibraciones de la luz, siempre estaríamos ante un caso de tacto retiniano, y esta es propiamente la explicación científica, ya que la ciencia traduce toda percepción en términos de tacto; pero hemos visto en otro libro (1), que la explicación filosófica de la percepción debía ser de otra naturaleza, suponiendo que se pueda hablar en esto de explicación. Ahora bien; el instinto es, por su parte también, un conocer á distancia; es á la inteligencia lo que la visión es al tacto. La ciencia no podrá hacer otra cosa que traducirlo en "términos de inteligencia."; pero de este modo construirá una imitación del instinto mejor que penetrará en él.

Convence de esto el estudio de las ingeniosas teorías de la biología evolucionista. Se reducen á dos tipos que por lo demás frecuentemente se entremezclan. Unas veces (neo darwinismo) se ve en el instinto una suma de diferencias accidentales conservadas por la selección; tal ó cual paso útil, ejecutado por el individuo en virtud

(1) «Matiere et Memoire», chap. I.

de una predisposición accidental del germen, se ha transmitido de uno á otro germen en espera de que el azar añadiera nuevos perfeccionamientos por el mismo proceder. Otras veces se considera el instinto como una inteligencia degradada ó inferior; la acción considerada útil por la especie ó por algunos de sus representantes, ha engendrado un hábito que, transmitido hereditariamente, se ha vuelto instinto. De los dos sistemas, el primero tiene la ventaja de poder hablar de transmisión hereditaria sin suscitar graves objeciones, porque la modificación accidental que coloca en el origen del instinto, no ha sido adquirida por el individuo, sino que era inherente al germen; en cambio, es incapaz de explicar instintos tan sabios como los de la mayor parte de los insectos; es indudable que estos instintos no han debido alcanzar de golpe el grado de complejidad que hoy tienen; probablemente han evolucionado. Pero en una hipótesis como la neo-darwiniana, la evolución del instinto no puede hacerse más que por la progresiva adición de piezas nuevas, que accidentes afortunados han venido á engranar en las viejas. Y, sin embargo, es evidente que en la mayor parte de los casos, el instinto no ha podido perfeccionarse por vía de acrecentamiento que hubiera exigido, para cada pieza nueva, sopena de echarlo todo á perder, una recompostura completa del conjunto. ¿Cómo esperar del azar semejante recompostura? Acepto que una modificación

accidental del germen se transmita hereditariamente y pueda esperar, en cierto modo, que nuevas modificaciones accidentales vengán á complicarla y aunque la selección natural elimine todas las formas más complicadas que no sean viables, pero siempre será necesario para la evolución de la vida del instinto, que se produzcan complicaciones variables, y éstas no se producirán más que si en ciertos casos la adición de un nuevo elemento trae consigo el cambio correlativo de todos los elementos viejos. Nadie puede sostener que la casualidad pueda hacer un milagro semejante. Habrá que apelar á la inteligencia en una ó en otra forma; se supondrá que el ser viviente desarrolla en sí mismo un instinto superior, en virtud de un esfuerzo más ó menos superior. Pero entonces habrá que admitir que un hábito contraído puede hacerse hereditario, y esto de un modo bastante regular, como para asegurar una evolución, lo cual es dudoso, por no decir otra cosa. Aun pudiendo relacionar los instintos de los animales con un hábito transmitido por herencia y adquirido inteligentemente, no vemos cómo este modo de explicarlos pudiera extenderse al mundo vegetal, cuyo esfuerzo no es nunca inteligente, aun suponiendo que alguna vez sea consciente. Sin embargo, ¿cómo no pensar en el instinto cuando se ve la seguridad y precisión con que las plantas trepadoras utilizan sus zarcillos y las maniobras maravillosamente combinadas por las orquídeas